



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



ESPAÑA ENFERMA

*¿Puede haber en el mundo algo más
despreciable que la elocuencia de un
hombre que no dice la verdad?*

Thomas Carlyle

Contemplo mi entorno descorazonado, confuso, estamos ante una pandemia que azota a la humanidad, suceso de proporciones enormes; si retrocedo unos meses me siento un necio, por el modo como se ha tratado el “caso” en determinados medios de comunicación, eludiendo el problema con desprecio a la inteligencia del lector, oyente radiofónico o espectador televisivo, sin faltar al “juego” los integrantes del gobierno e irresponsables varios, desoyendo las advertencias de la Organización Mundial de la Salud. Si me fijo en el presente, el cuadro es desolador, confinado forzoso, con interminables caminatas por el pasillo hogareño sin controles de momento. En la tele estadísticas diarias de muerte sin filiación, engaño informativo, salvo honrosas excepciones. Carencia de recursos, en los colectivos que se juegan la vida para intentar sanar la nuestra. Mala e ineficaz gestión, jamás se debe dejar de fabricar las necesidades básicas de un país en manos extranjeras, eso sí, muy pronto nuestros gobernantes se afanan en buscar a quién echar la culpa de su negligencia. Si pienso en el impredecible futuro, sé que la política influye en la economía, el saldo resulta deprimente, ante las nulas medidas válidas adoptadas, sociales y económicas, necesarias para mitigar los efectos de una crisis en puertas, la cual por desgracia siempre se propaga a los colectivos más vulnerables.



Parece pura ficción, apenas han transcurrido unas fechas, la ciudad en pleno se hallaba dispuesta para celebrar la fiesta grande de los valencianos, a la espera de culminar la misma el día de San José con la “cremá”. Preparados durante todo el año, asistía el personal a las “masclétas” de la plaza del Ayuntamiento, permanecían la mayoría de las calles cortadas al tráfico, acondicionados los bares, casetas, puestos, tiendas, restaurantes... atiborrados de un gentío alegre y jaranero, hoy la ciudad permanece desierta, en silencio, apenas perturbado por la escasa circulación del transporte público, servicios de emergencia, tañer de campanas o sirenas policiales..., nada que ver con la bulliciosa, musical y

estruendosa cultura del ruido protagonista de la Valencia de mis amores. Recordaba, de una estancia en los EE.UU., en concreto la localidad de New Hampshire, como sus vehículos lucían en las placas de matrícula la inscripción: “Vive libre o muere”, ahora para sobrevivir renunciamos a la libertad, paradojas de la vida, menos mal que, como dijo Flaubert, “escribir es una manera de vivir”.

En mi infancia visitaba casi a diario a mi tía Rosario, en la calle San Roque del Cabañal, efusiva, solía contarme relatos pasados, le halagaba verme atento, con la boca abierta, ante sus relatos de contagios masivos y epidemias acaecidas en la Valencia de aquellos tiempos que dañaron de manera grave a su demografía, así el cólera, se llevó por delante a más de veinte mil personas; la peste bubónica, una vez desaparecida a principios del siglo XVIII, entró en acción la viruela y las fiebres tercianas. A principios del XIX hubo brotes de fiebre amarilla, pero sin duda el cólera fue el causante de los estragos sufridos entre 1854 y 1890. La gente no disponía de otro remedio que aclamarse a Dios, y a los santos, en particular a San Roque, cuya festividad sigue celebrándose en muchas localidades valencianas el 16 de agosto. Han transcurrido muchos años de buen vivir, nos hemos acostumbrado a ello, a disfrutar de una prolongada vejez, disponer de modernos medios técnicos e informáticos, pasear por las calles con plena seguridad, si lo deseamos nos sirven la comida o alimentos a domicilio... pese a ello nos quejamos, todo va mal, con olvido que hace cien años nuestros ancestros sufrieron el contagio en la creencia que en la vida volvería a ocurrir algo semejante.

Nuestras cabezas penden del COVID-19, hemos entrado en pánico, sobre todo los mayores, nos damos cuenta de nuestra fragilidad, mientras aflora la soberbia del miedo al fracaso en nuestros dirigentes, al menos eso creemos, arrogantes e incapaces deberán aprender la lección de la imprevisión en sus propias carnes, olvidar el marketing, ningún beneficio se logra ante la muerte, se debe recapitular y relegar nepotismos e intereses espurios en las comunicaciones, o ensoñaciones vanas. Aunque España está enferma, inmersa en la mayor crisis de su historia, no sólo sanitaria, es una paciente que cuenta con gran parte del pueblo español, permanece en sano refugio, sin miedo, alerta, tengamos paciencia, respeto, certidumbre en la capacidad de nuestros sanitarios, profesionales y técnicos, juntos hemos de lograr salir. En marcha hay proyectos solidarios para combatir la crisis económica, asimismo multitud de empresas facilitan sus expertos para resolver mil y una cuestiones al ciudadano corriente, de manera telemática o por teléfono... en definitiva una sociedad puesta en pie y resuelta, ya vendrá el momento de pedir responsabilidades ante quien corresponda. Suerte, mucho ánimo, queda menos.

Antonio Ávila Chuliá